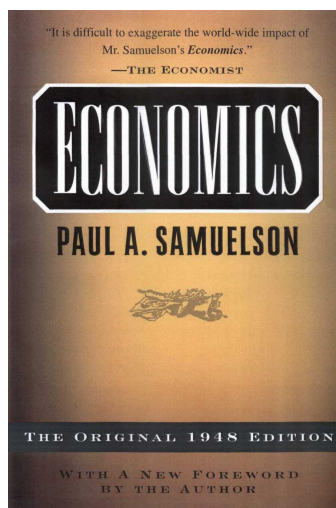


EL ECONOMISTA COMO PREDICADOR Y OTROS ENSAYOS. DE FRIEDMAN A SAMUELSON CON LA REFLEXIÓN DE STIGLER COMO REFERENCIA.

La tradición de la historia del pensamiento económico de la segunda mitad del siglo XX, nos ha llevado a entender las posiciones de la economía entre los denominados monetaristas de la escuela de Chicago con Milton Friedman a la cabeza, y los denominados en el argot de los economistas, keynesianos, con Samuelson como nombre de cabecera. El fondo de la discusión ha girado en torno al papel que debe jugar en la economía el sector público, cómo y cuándo debe actuar, desde las funciones de estímulo, reguladoras hasta las de intervención, tanto en referencia al sector financiero como al de la economía real. La realidad nunca se ha movido en términos de todo o nada, y en la práctica los debates se han llevado, la mayor parte de las veces, a cómo se debe intervenir y cuándo se debe hacer, cuestión de grado y de oportunidad. No soliendo darse los mecanismos automáticos de la *invisible hand* de los queridos, y a menudo añorados, mercados competitivos.

Ni siquiera en física teórica es fácil sustraerse a una delimitación no siempre nítida de fronteras entre lo que es una reflexión teórica, científica, y lo que son opiniones y valoraciones de contexto o de realidades. Y si no pensemos en los encendidos debates sobre el armamento nuclear antaño, Segunda Guerra Mundial y Geopolítica de Bloques de los años cincuenta pasados, y ahora en el día a día de la política y seguridad internacional, así como sobre la abierta reflexión acerca de la utilidad o conveniencia de la energía atómica o nuclear. Para los economistas el asunto está lejos de ser una cuestión tangencial y seguramente podría defenderse que en nuestro contexto, resulta aun más intensa si cabe, pues la economía tiene una parte teórica, técnica y de oficio, que de una forma u otra, acaba irradiando sobre la sociedad, y también de muchas maneras, posicionando criterios y en última instancia opiniones que, por muy fundadas que sean, no dejarán de ser eso. Esta afirmación podemos defenderla como una constante universal y recurrente en nuestra disciplina, y para verlo basta como siempre volver a Adam Smith y comprobar cómo en el escenario de su reflexión teórica se arrojan una serie de opiniones, criterios y predicamentos de gran calado, que dada la grandeza de quien los hizo, no sólo se han cimentado en su momento histórico sino que han trascendido hasta nuestros días.



La economía española está atravesando uno de esos momentos difíciles de su historia moderna, los indicadores del paro y su larga duración son indicadores suficientes y fuera de discusión de la gravedad del momento, sin embargo los economistas sabemos, y constatamos a lo largo de nuestra vida profesional, que esto no es un síntoma del fin del mundo del milenio medieval, y que por grandes que sean los problemas a resolver, inexorablemente esta crisis también pasará, y aquí se aplica la Ley del ciclo económico, eso sí en su dimensión y características actuales.

Se nos plantean dos grandes foros de análisis, según nos movamos en las cuestiones concretas de la realidad, o en conexión con ella, sobre que dimensiones generales la pueden explicar. Naturalmente los economistas sólo nos movemos en los escenarios propios de nuestras herramientas y sobre ellas abordamos los problemas y sus posibles soluciones y, en este sentido, ciertamente que nos encontramos limitados y constreñidos a las restricciones propias de todo análisis parcial.

Aquí de nuevo se plantea qué papel debemos tener los economistas como tales, y no sólo aquellos que tiene responsabilidades de gobierno o de equipos de gobierno, del Banco de España o de las instituciones que tienen y fomentan centros de investigación y opinión como puede ser la Confederación Española de Cajas de Ahorro, la Asociación de la Banca Privada, o tantos otros, tan loables y necesarios.

Y por fin traemos a colación a Stigler, recordemos son tres los Premios Nobel citados, cuando en un maravilloso artículo de allá por los años 60 pasados, afirmaba aquella memorable reflexión sobre que los economistas, cuando hablamos de economía, utilizamos el arsenal técnico que conocemos y aplicamos, intentando objetivar y razonar las posiciones y las recomendaciones, sin que ello pueda ni deba evitar, que todos y cada uno de nosotros tengamos nuestra propia armadura y estructura de ser humano y, por tanto, estemos sometidos al subjetivismo inevitable del “yo” que los filósofos tanto realzan.

Leopoldo Pons.
Decano.